

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/9-marco-antonio-y-claopatra/>

10.EN PALESTINA Y EN ROMA <https://ideaswaldorf.com/10-en-palestina-y-en-roma/>

6º

A menudo, aunque no siempre, los niños se parecen a sus papas o a sus mamas. Si uno ve al niño junto a sus padres notará la semejanza. Ese parecido no es sólo externo, a veces también sucede que algún talento artístico o musical, o la facilidad en pensar matemáticamente, etcétera, que tenga alguno de los padres, también aparece en el niño. Esa es también una semejanza en el niño, que puede haber sido heredada de los padres.

Todos tenemos a nuestro padre y a nuestra madre, pero también hay un gran Padre en el Cielo, que es Dios, y todos los seres humanos somos sus hijos.

Pero Dios es espíritu, no es un ser de carne y hueso como lo son nuestros padres. Y, sin embargo, también podemos tener semejanzas con nuestro Padre Celestial.

Él no se parece a nosotros exteriormente, ni nosotros podemos parecernos a Él, porque es espíritu. No podemos mostrar nuestra semejanza por nuestra inteligencia, porque ningún ser humano puede tener una sabiduría semejante a la de Dios.

Los romanos sentían que el poder nos hace más afines a Dios, pero ningún ser humano tiene el poder para crear el mundo como lo hizo Dios.

Ni por nuestra pequeña sabiduría humana ni por nuestro ínfimo poder —podemos destruir la vida, pero no podemos crearla—, podemos mostrar que somos semejantes a Dios, que todos somos hijos de Dios.

Pero Dios es realmente amor, puro amor, y cuanto más mostremos amor, amabilidad y amistad a todos los seres humanos, a todo lo que vive y existe, tanto más mostraremos nuestra semejanza con el Padre Celestial.

Mostramos nuestra semejanza con Dios, que somos verdaderos hijos del Padre Celestial, en cada acto de amor y amistad que realizamos.

En la época de los romanos, el alma y la mente de los seres humanos en la Tierra se habían oscurecido tanto que todo lo que sabían de Dios era su poder, y pensaban que el poder hacía a los hombres semejantes a los dioses.

Y si esto hubiera continuado así, la humanidad hubiera empeorado progresivamente, el derramamiento de sangre y el asesinato se habrían hecho cada vez más comunes si nos ayudaran a adquirir poder.

Pensemos en los juegos de gladiadores donde se instruían a los hombres para matarse mutuamente para placer de los espectadores. Pensemos simplemente en los esclavos que podían ser asesinados por sus amos, pues tenían derecho a hacerlo.

Todas estas cosas hubieran continuado y hubieran empeorado si no hubiera sucedido algo nuevo que viniera en ayuda de la humanidad.

Pero algo sí sucedió. La humanidad fue salvada de volverse mucho más cruel y loca por el poder.

Muy lejos del esplendor y brillo de Roma, en la pequeña y olvidada provincia de Palestina, nació Jesús. Ese niño creció en un entorno muy humilde, José, su padre, era un pobre carpintero en la villa de Nazaret, y durante treinta años, Jesús vivió tranquilamente con esta familia entre su gente, los judíos.

Pero a la edad de treinta años se produjo un gran cambio en su vida. En aquel tiempo había un hombre sabio, un profeta que se llamaba **Juan***. Juan profetizaba que un hombre de Dios vendría y cambiaría las mentes de la gente en la Tierra sacándolos de sus senderos de maldad y conduciéndolos a la verdadera luz de Dios.

Él iba a ser el Salvador y todos los que creían que Dios enviaría a un salvador se acercaban a ese profeta, y él los bautizaba sumergiéndolos en las aguas del río Jordán, que atraviesa Palestina.

A la edad de treinta años, Jesús se acercó a Juan en el río Jordán para ser bautizado, y en el momento en que Juan bautizaba a Jesús, se produjo el acontecimiento más grande jamás sucedido antes en la historia de la humanidad, pues en ese momento el Espíritu de Dios que es puro amor se unió con Jesús.

Y Jesús se convirtió en el salvador, "el ungido", que en griego se dice "Cristos", y en hebreo, "Mesías". Jesús se convirtió en Cristo, el Mesías, el Salvador.

Desde ese momento en que el Espíritu de Dios, que es amor, se unió con Jesús, Jesucristo predicó a la gente. Les enseñó que Dios es amor.

Y una vez le preguntaron:

-*"Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?" Él le dijo:*

-*"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu Mente".*

Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste:

-*"Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas"* [Mt 22:34-40]

Pero Jesucristo no sólo predicaba el amor, el espíritu del amor era tan fuerte y poderoso en Él que era como una fuerza de vida: cuando los ciegos, los paralíticos y los enfermos eran traídos ante Él, Él los tocaba con sus manos y el poder del amor que fluía a través de sus manos los curaba.

¿Y qué pasaba en Roma mientras sucedían estas cosas en Palestina?

En Roma, Julio César Augusto moría después de un largo reinado. Como no tenía hijos fue sucedido por su sobrino **Tiberio***, que se convirtió en Julio César Tiberio.

Al principio, este nuevo Julio César parecía un digno sucesor de Augusto, continuó el gobierno sabio y justo de Augusto.

**Tiberio Julio César, nacido Tiberio Claudio Nerón (42 a. de C -37): El segundo emperador romano (14-37). Fue el segundo emperador de Roma y perteneció a la dinastía Julio-Claudia.
[n. del pr.]*

**Juan el Bautista: Predicador itinerante judío coetáneo de Jesús de Nazaret, nacido a finales del siglo I a. de C. Venerado en el cristianismo, el islam y la fe Bahá'í, considerado un profeta por todas estas confesiones [n. del pr.]*

Pero tras siete años en el poder se produjo un terrible cambio en Tiberio, una especie de locura extraña se apoderó de él. Empezó a imaginar que estaba rodeado de enemigos que

querían asesinarlo. Mantuvo así una guardia especial de soldados cuya única misión era protegerlo y matar a sus enemigos. No podía tocar ninguna comida antes de que un esclavo la hubiera probado por si estaba envenenada.

Que el esclavo muriera no le importaba en lo más mínimo a Julio César Tiberio. Pero ese fue solamente el inicio de la locura. Empezó a imaginar que sus propios parientes planeaban asesinarlo, de modo que hizo apresarse a sus primos, sobrinos y tíos y, los hizo ejecutar sin ningún juicio, ni oportunidad de defender su inocencia.

La locura empeoró. Si los romanos alababan a un general por sus victorias, ese general era ejecutado por orden de Tiberio. Si algún senador o ciudadano romano se hacía popular, eran asesinados por orden de Tiberio.

Y la locura creció aún más. Julio César Tiberio empezó a odiar a toda la humanidad, odiaba tanto a todos los seres humanos que no quería ver a nadie. Dejó Roma y se hizo construir un gran palacio en la pequeña isla de Capri, cerca de Nápoles. Allí en su palacio, Tiberio vivía solo con su cuerpo de guardia y algunos sirvientes que lo habían servido desde su juventud. A nadie más le estaba permitido acercarse a la isla de Capri bajo pena de muerte.

Un pobre pescador empujado hasta la isla por una tormenta fue muerto por los guardias que lo echaron por un precipicio.

Aun así, durante todo este tiempo los romanos adoraban y ofrecían sacrificios al dios Julio César Tiberio, porque eso se había convertido en ley.

Adoraban a un loco, a una figura de odio, a un hombre que odiaba a la humanidad, mientras que en Palestina Jesucristo hablaba del Dios que es amor, y predicaba el amor a toda la humanidad.

Al final, Tiberio sospechaba de todo el mundo, no confiaba si quiera en su cuerpo de guardia, e hizo que mataran a algunos de sus soldados. Y entonces los demás miembros de la guardia decidieron no darle a Tiberio otra oportunidad de ejecutar a más de ellos.

Una mañana, un soldado se acercó a la alcoba del emperador y lo mató, poniéndole una almohada en la cara y manteniéndola así hasta que se ahogó.

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/11-cesares-y-cristianos/>

Aportación de Hermelinda Delgado